

Religiosidad y movilización política en la guerra revolucionaria.

Gómez, Fernando.

Cita:

Gómez, Fernando (2011). *Religiosidad y movilización política en la guerra revolucionaria. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/156>

Número de la mesa: 24.

Título de la mesa: “Hacer política: formas de acción colectiva y movilización popular en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX”.

Apellido y nombre de las/os coordinadores/as: Gabriel Di Meglio (UBA-CONICET), Gustavo Paz (UNTREF-CONICET), Sergio Serulnikov (UdeSA-CONICET).

Título de la ponencia:

Apellido y nombre del autor: Gómez, Fernando

Pertenencia institucional: UBA-CONICET

Documento de identidad: 29.800.971

Correo electrónico: fedagofe@hotmail.com

Autorización para publicar: Si.

Religiosidad y movilización política en la guerra revolucionaria

El 27 de octubre de 1812 se desarrolló en la ciudad de Tucumán la tradicional festividad religiosa correspondiente a Nuestra Señora de la Merced. El 24 de setiembre anterior, día de la Virgen de la Merced, el ejército enviado desde Buenos Aires —que se encontraba en retirada— junto a las milicias locales, habían podido repeler el ataque de la avanzada realista. Debido a la conflagración se había pospuesto la celebración y también debido a ella había cobrado nuevo vigor en la medida que se vinculaba el resultado positivo de la batalla con la intervención celestial de dicha Virgen.

Cuando la procesión ingresó en el terreno donde se había llevado a cabo la batalla un mes atrás, el general Belgrano, ante la tropa y la población local que la seguía, ofrendó a la Virgen su bastón de mando nombrándola Generala. José María Paz, testigo de la situación escribió en sus memorias:

...repentinamente el general deja su puesto, y se dirige solo hacia las andas en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba. La procesión para; las miradas de todos se dirigen a indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el general, quien, haciendo bajar las andas hasta ponerlas a su nivel, entrega el bastón que llevaba en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores a levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

La conmoción fue entonces universal; hay ciertas sensaciones que perderían mucho queriéndolas describir y explicar; al menos yo no me encuentro capaz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaran aquel acto, no se atrevieron a sacar la cabeza.¹

Las impresiones que dejó escritas el general Paz en sus memorias dejan en claro que se trató de un momento significativo tanto para el ejército como para la comunidad local. Nos interesa en esta ponencia considerar la apelación a la religiosidad como dispositivo generador de una identidad común, comprendiendo transversalmente a los presentes e incorporando concretamente a los sectores subalternos. Para ello recorreremos distintos caminos, pero antes revisaremos brevemente distintos aportes historiográficos que nos estimularon a pensar esta problemática.²

La historiografía que más tiempo dedicó a interpretar este suceso específico pertenece en cierta forma a las instituciones religiosas. Encontramos entonces estudios históricos realizados por eclesiásticos entre los que se destacan los trabajos de Cayetano Bruno y del fraile mercedario mendocino José Brunet.

Cayetano Bruno desarrolló un estudio puntual sobre la vinculación entre la virgen y el ejército.³ Además, en su voluminosa *Historia de la Iglesia en la Argentina*, destinó una serie de apartados al nombramiento de la Virgen de la Merced como Generala del ejército. A pesar de que el autor afirmaba la participación efectiva de la Virgen en la batalla, es interesante destacar que sumó una serie de relatos para otorgarle solidez a dicha posición, buscando reconstruir el momento y brindar respaldo a su argumentación más allá de la comunidad de creyentes.

Por su parte, José Brunet desplegó su interpretación sobre la situación en la misma línea que Bruno, incluso sin matices y buscando infundir la importancia de la providencia. Así, destacó la religiosidad de Belgrano señalando que el 27 de octubre el general ponía “el broche de oro” a la victoria de Tucumán “realizando un acto cuya paternidad le pertenece por completo, demostrando con ello su espíritu profundamente

¹ PAZ, J. M., *Memorias póstumas de José María Paz*, Bs. As., Emecé, 2000. pp. 61-63.

² El siguiente racconto de diferentes obras no pretende ser exhaustivo sino simplemente marcar algunos pilares interpretativos para delinear un espacio de diálogo entre este trabajo y sus precedentes.

³ BRUNO, C., *La Virgen Generala: estudio documental*, Rosario, Biblioteca Didascalía Apis, 1954. (1994).

cristiano y poniendo en apuros a quienes no ven en los acontecimientos humanos la mano de la Providencia divina”.⁴

Esta ponencia buscará alejarse de las interpretaciones anteriores buscando contextualizar el nombramiento de la Virgen de la Merced como Generala del ejército para mitigar el riesgo de entenderlo como una expresión alejada de las problemáticas políticas y las prácticas religiosas del momento. A fin de cuentas, la perspectiva de análisis que buscamos desplegar intenta relevar la dimensión religiosa en una coyuntura específica para entenderla como un dispositivo central en la construcción o reforzamiento de adhesiones y adscripciones identitarias. En este sentido, encontramos distintos adelantos historiográficos que nos posibilitan resituar la coyuntura crítica teniendo en cuenta aspectos anteriormente desestimados por la historiografía.

Las guerras que siguieron a la Revolución de Mayo han sido estudiadas por la historiografía tradicional demarcando entre “guerras de independencia” y “guerras civiles”. Estos epítetos y sobre todo la consiguiente derivación lógica que suponen para comprender la pertenencia o fidelidad de los participantes, han demostrado ser impropiedades para comprender numerosas circunstancias que marcaron adscripciones a una u otra parcialidad. Buscando superar los problemas que suponen dichas nominaciones, Raúl Fradkin ha propuesto el concepto de “guerras de la revolución” señalando que “supusieron una movilización de hombres y recursos como nunca antes se había producido”, conformando entonces “una experiencia social de masas de máxima intensidad”.⁵

Esta nueva manera de entender las guerras que se desataron en la primera mitad del siglo XIX converge con una trascendente renovación de la historiografía del período que se viene gestando en las últimas décadas en los diferentes ámbitos de estudio de los procesos de independencia en hispanoamérica.⁶ A pesar de las diferencias y los

⁴ BRUNET, J., “El sesquicentenario de la Generala de Belgrano”, en *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos*, T. 31, feb. de 1965. p. 95.

⁵ FRADKIN, R. O., “Guerra y sociedad. Los ejércitos, las milicias y los pueblos en el litoral”, ponencia presentada en las Jornadas “Independencia, historia y memoria. Hacia una reflexión sobre los procesos revolucionarios en Iberoamérica”, San Miguel de Tucumán, 20 al 22 de agosto de 2009. p. 1. Véase también FRADKIN, R. O., “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en BANDIERI, S. (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Bs. As., AAHE/Prometeo, 2010.

⁶ Dada la envergadura y cantidad de análisis al respecto, remitimos a dos estados de la cuestión, el primero cuando esta renovación cobraba fuerza y el segundo, más reciente, cuando ya se haya ciertamente extendida. De este modo, la traza temporal prefigura asimismo las variaciones. HALPERIN DONGHI, T., “Para un balance del estado actual de los estudios de historia latinoamericana” en *HISLA, Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, N° 5, pp. 55-90, y ÁVILA, A., “De las independencias a la modernidad: notas sobre un cambio historiográfico” en PANI, E., y SALMERÓN, A., coords.,

marcados matices, podemos encontrar como t3pico en com3n de los diferentes estudios el quiebre con el marco nacional delimitado por las historiograf3as decimon3nicas y la pretensi3n de comprender los distintos procesos despoj3ndose de una mirada esencialista sobre la formaci3n de las diversas unidades pol3ticas.⁷ Los resultados m3s relevantes de estas investigaciones, nos permiten hablar de cierto consenso historiogr3fico que resitu3a las primeras etapas de la guerra revolucionaria como un per3odo signado por la b3squeda de autonom3a, no solamente de las grandes jurisdicciones sino de cada uno de “los pueblos” que conformaban la monarqu3a espa3ola. Como lo han destacado distintos investigadores, los interrogantes que surgen a partir de dicho consenso son numerosos. Para comenzar a pensar en nuestra problem3tica puntual, hay que destacar que en el estudio de la conformaci3n de las identidades y los sentidos de pertenencia posrevolucionarios se debe tener en cuenta la dificultad de proyectar una vinculaci3n com3n entre espacios territoriales que se pretenden aut3nomos.

El estudio de la dimensi3n religiosa cobra entonces relevancia al reponer uno de los recurrentes dispositivos que permitieron delimitar marcos identitarios comunes, debido al gran involucramiento que generaba en una sociedad piadosa que conten3a un frondoso espacio de pr3cticas y creencias religiosas⁸. La historiograf3a local est3 comenzando a entrever esta dimensi3n en este sentido y a3n no la ha analizado con profundidad en el marco de las guerras de la revoluci3n.⁹ Sin embargo en otras latitudes encontramos trabajos de estas caracter3sticas, destac3ndose los avances de Marie-Danielle Demelas-

Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra, historiador. Homenaje, M3xico, Instituto de Investigaciones Dr. Jos3 Mar3a Luis Mora, 2004, p. 76-112.

⁷ En esta direcci3n se inscriben numerosas investigaciones destac3ndose en nuestro pa3s las iniciadas por Jos3 Carlos Chiaramonte. Entre sus numerosas publicaciones, destacamos los art3culos: CHIARAMONTE, J. C., “El mito de los or3genes en la historiograf3a latinoamericana”, *Bolet3n de Historia Argentina y Americana* Dr. Emilio Ravignani, 3º serie, Nº 2, Bs. As., 1991, y CHIARAMONTE, J. C., “La formaci3n de los Estados nacionales en Iberoam3rica” *Bolet3n de Historia Argentina y Americana* Dr. Emilio Ravignani, 3º serie, Nº 15, Bs. As., 1997.

⁸ Cabe destacar que los estudios de Jaime Peire y de Roberto Di Stefano han logrado dejar en claro la imposibilidad de pensar una esfera religiosa aut3noma para la 3poca. PEIRE, J., *El taller de los espejos. Iglesia e Imaginario 1767-1815*. Claridad, Bs. As., 2000. DI STEFANO R., y ZANATTA L., *Historia de la Iglesia argentina desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Bs. As., Grijalbo, 2000. DI STEFANO, R., *El p3lpito y la plaza*, Bs. As., Siglo XXI, 2004.

⁹ Para un estado de la cuesti3n sobre la historiograf3a local v3ase DI MEGLIO, G., “La guerra de independencia en la historiograf3a argentina”, en CHUST, M. y SERRANO, J. A., (eds.), *Debates sobre las independencias iberoamericanas*, Madrid, AHILA/IBEROAMERICANA/VERVUERT, 2007, pp. 27-46. Asimismo Mar3a Elena Barral sostiene en un trabajo sobre los an3lisis que se detienen en la dimensi3n religiosa: “Las guerras de independencia se han presentado frecuentemente como un combate por la modernidad en la que la fe no ten3a cabida. Sin embargo sus protagonistas insist3an en la dimensi3n religiosa de su empresa”. BARRAL, M. E., “Lo religioso como dimensi3n de an3lisis en la historiograf3a social sobre Hispanoam3rica en el per3odo colonial” en *Sociedad y Relig3n*, Nº 28-29, 2007.

Bohy para la zona de los Andes (desde Ecuador hasta el Alto Perú), donde advierte que “la guerra de independencia puede presentarse como una guerra religiosa porque el discurso de legitimación de la guerra es religioso, proveniente de las enseñanzas de la Iglesia y forjado por ella”.¹⁰ Desde otra perspectiva analítica, resaltando en el proceso revolucionario atlántico una matriz “conservadora de los pilares de la constitución política tradicional”, Annick Lempérière ha señalado que “la cultura de la guerra fue ante todo una cultura religiosa (...) la religión era la que confería a las luchas su sentido último y su legitimidad más obvia”.¹¹ Finalmente nos parece interesante mencionar el trabajo de Genís Barnosell, en la medida que, analizando el sitio de Zaragoza y Gerona —en el marco de la ocupación francesa de la península en 1808—, advierte que no se trata de resaltar la presencia de la religión, sino de entender el lugar que dicha dimensión ocupa en la lógica bélica en general.¹²

Luego de este breve recorrido comenzaremos a indagar distintos niveles de análisis que nos permitan comprender la trama de significados y problemáticas que se entrecruzaban en la coyuntura crítica alrededor de la batalla de Tucumán. En primer lugar relevaremos brevemente la trayectoria previa de Manuel Belgrano, referente ineludible del momento dada su intempestiva resolución en el nombramiento. En segundo lugar indagaremos en las dificultades que atravesaba el Ejército Auxiliar del Perú en su retirada para intentar dimensionar la necesidad de forjar una identidad común por parte de su comandancia. Finalmente nos detendremos en la participación de las milicias locales en la coyuntura que comprende la batalla y la posterior procesión para ensayar una hipótesis integral que nos permita comprender la potencialidad de la apelación religiosa.¹³

La participación de Manuel Belgrano en las guerras de la revolución ha sido analizada desde los escritos de sus contemporáneos, pero fundamentalmente ha sido considerada

¹⁰ DEMELAS-BOHY, M. D., “La guerra religiosa como modelo” en GUERRA, F. X., *Las revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*, Madrid, Editorial Complutense, 1995.

¹¹ LEMPÉRIÈRE, A., “Revolución, guerra civil, guerra de independencia en el mundo hispánico, 1808-1825”, en *Ayer*, N° 55, 2004, p. 35.

¹² BARNOSELL, G., “La Guerra de la Independencia como guerra religiosa: el ejemplo de los sitios de Zaragoza y Gerona” *Nuevo Mundo Mundos Nuevos Debate* 2010, mayo 2010, URL: <http://nuevomundo.revues.org/59671>.

¹³ Sin dudas las aristas que se abren para investigar, a la hora de dar un contexto que nos permita comprender la dimensión del suceso puntual desde el que partimos, son numerosas. En este caso elegimos desarrollar las señaladas y notamos la necesidad de continuar la investigación en otros trabajos indagando en la religiosidad local y su vinculación con las instituciones diocesanas y regulares como así también en los componentes clericales del propio ejército.

por la primera historiografía que buscó desarrollar un relato integral de una historia que pensaban en clave nacional. No es nuestra intención continuar el relato en esta dirección sino simplemente destacar distintas aristas de la trayectoria de Belgrano que nos permitan reubicar su determinación de nombrar generala del ejército a la Virgen de la Merced.

Desde el comienzo de la militarización urbana en gran escala en Buenos Aires, Manuel Belgrano había estado presente, entre otras cosas, debido a su antiguo cargo de Capitán de las milicias urbanas de la ciudad.¹⁴ Igualmente el propio Belgrano rememoraba en sus memorias su ingreso a la carrera militar señalando sobre dicho cargo: “más bien lo recibí como para tener un vestido más que ponerme que para tomar conocimientos en semejante carrera”.¹⁵ Sin embargo, las invasiones inglesas de 1806 redimensionaron drásticamente el papel de las milicias: los contenidos simbólicos y honoríficos se mantuvieron y potenciaron, pero el desarrollo concreto de las acciones bélicas se ubicó en primera plana como nunca antes.¹⁶

Los cambios afectaron notoriamente a Belgrano, ya que previamente a la primera invasión inglesa había sido reafirmado en su cargo por el Virrey del momento y luego de la reconquista de la ciudad, en octubre de 1806, fue nombrado “Sargento Mayor de la Legión de Patricios Voluntarios”.¹⁷ Al parecer esta primera experiencia no fue grata y prontamente Belgrano pidió su relevo alegando su reincorporación en las tareas del Consulado.¹⁸ Una de las razones que lo llevó a tomar la decisión de alejarse de la milicia fue la falta de disciplina y subordinación que incluso se materializó cuando fue

¹⁴ En 1797, el Virrey Pedro Melo de Portugal y Villena otorgó a Manuel Belgrano González, “una capitanía del regimiento de las milicias urbanas de infantería con la graduación correspondiente a este empleo, y el uso del uniforme señalado por su majestad á los de la propia clase en sus dominios de América.” Museo Mitre, *Documentos del archivo de Belgrano*, Imprenta de Coni, Bs. As., 1913. 7 marzo de 1797. Buenos Aires. “Encargado de una capitanía de milicias”, T. I, p. 18.

¹⁵ BELGRANO, M., “Autobiografía del General Belgrano 3ª Parte – Batalla de Tucumán 1812”, en PAZ, J. M., ob. cit. p. 564. Cabe destacar que el padre de Manuel Belgrano, Domingo Belgrano Pérez también había sido Capitán de milicias (además de regidor y alférez real). Por entonces, el cargo implicaba una distinción social, de hecho se agregaba en el nombramiento que se concedían “las honras, gracias y prerrogativas que por el citado empleo le corresponden”. Museo Mitre, ob. cit. 4 junio 1770. Buenos Aires. “Fé de bautismo”, T. I, p. 10. Para la trayectoria del padre de Belgrano ver GELMAN, Jorge, *De mercachifles a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata Colonial*, Huelva, Universidad Internacional de Andalucía, 1996.

¹⁶ Véase HALPERIN DONGHI, T., “Militarización revolucionaria en Buenos Aires, 1806-1815”, en idem. (comp), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Bs. As., Sudamericana, 1978.

¹⁷ Para el nombramiento de Capitán Graduado de Milicias Urbanas véase Museo Mitre, ob. cit. 9 junio 1806. Buenos Aires. “Nombramiento de Capitán Graduado de Milicias Urbanas” .T. I, p. 25. Para el nombramiento de Sargento, Museo Mitre, ob. cit. 8 octubre 1806. Colonia. “Sargento Mayor de la Legión de Patricios Voluntarios”. Rafael de Sobremonte. T. I, p. 26.

¹⁸ Así lo indica en la nota dirigida a Santiago de Liniers. Véase Museo Mitre, ob. cit. 15 febrero 1807. Buenos Aires. “Pide al General Santiago de Liniers que el cuerpo de Patricios designe un sargento mayor que le substituya.” T. I, pp. 28-29.

insultado por un oficial en presencia de la tropa, debido a su insistencia para que los milicianos se trasladen hacia Montevideo.¹⁹ Años más tarde recordaría estas características de los milicianos, destacando su nulo profesionalismo: “era gente paisana que nunca había vestido uniforme, y que decía con mucha gracia, que para defender el suelo patrio no habían necesitado de aprender á hacer posturas, ni figuras en las plazas publicas para diversión de las mujeres ociosas”.²⁰ Sin embargo, a pesar de estas características de las milicias porteñas, un año más tarde Belgrano escribió una correspondencia informando sobre los preparativos de la defensa que llevaría a cabo la ciudad destacando “...hay mucho entusiasmo sólo se oye vencer o morir; si este propósito se sostiene, no hay que dudar que la victoria sea completa”.²¹ Como vemos, sustentaba los buenos augurios en el entusiasmo universal exhibiendo la importancia que para él tenía el convencimiento generalizado o quizás evidenciando el único elemento destacable de dicha milicia.

Luego de la Revolución, encontramos a Belgrano nuevamente involucrado en la vida militar, esta vez al frente del ejército que se dirigió al Paraguay. De esta experiencia, nos parece pertinente relevar algunos elementos. En primer lugar observamos una serie de dificultades que la expedición enfrentó y que quedaron registradas en las comunicaciones oficiales pero también en las informales que mantiene Belgrano. Entre estas dificultades se destacan los problemas materiales o de aprovisionamiento del ejército que se vieron seguidos de las dificultades para mantener la disciplina.²² De este modo, Belgrano veía alejarse la posibilidad de cumplir con la promesa efectuada en octubre de 1810 a Mariano Moreno, cuando había anticipado que terminaría con la desertión e incluso iba más lejos al manifestar: “si ahora recibo un Ejército de gauchos,

¹⁹ Museo Mitre, ob. cit. “AUTOBIOGRAFÍA DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO” T. I, pp. 183-184. Una de las reivindicaciones claves de las milicias a lo largo de todo el período va a ser justamente su resistencia a abandonar la ciudad propia. Véase para otro espacio FRADKIN, R. O., “Guerra y sociedad...”. pp. 7-9.

²⁰ Museo Mitre, ob. cit. “AUTOBIOGRAFÍA DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO” T. I, p. 185.

²¹ Manuel Belgrano a Jaime Nadal y Guarda, Buenos Aires, 25 de junio de 1807. BELGRANO, M., *Epistolario Belgraniano*, Bs. As., Taurus, 2001. p. 70.

²² En enero de 1811 Belgrano le escribía a Saavedra: “Me hallo escaso de dinero; porque de Santa Fe sólo me mandaron 400 onzas con que estoy socorriendo a la gente, y aunque vengan las restantes no bastan a pagar los sueldos y gastos que se causan, y lo primero es muy preciso, como V. conoce, para mantener la disciplina con el rigor que es debido”. Manuel Belgrano a Cornelio Saavedra, Cuartel General de Santa Rosa, 31 de enero de 1811. BELGRANO, M., *Epistolario*.... p. 99. Las dificultades que engendra el mantenimiento de la tropa en la expedición al Paraguay han sido estudiadas recientemente. Véase FRADKIN, R. O., “Las formas de hacer la guerra...”. pp. 206 y ss. En el mismo artículo, Fradkin plantea que el agotamiento de Corrientes y sus recursos caballares no debe dejarse a un lado para entender la reticencia de las comunidades de la zona al ejército del Belgrano. p. 170.

tendré la satisfacción de presentarlo a mis Compañeros de fatigas por la Patria, de soldados”.²³

Otra de las dificultades va a ser la respuesta negativa de las poblaciones locales al ejército enviado desde Buenos Aires.²⁴ Luego de la batalla de Tacuarí, Belgrano se mostraba convencido de la imposibilidad de sumar afectos entendiendo que sus opositores habían alcanzado un alto grado de entusiasmo “bajo el concepto de que oponiéndose a las miras de, V. E. defienden su patria, la religión, y lo que hay de más sagrado”.²⁵ Esta última referencias contiene la dimensión religiosa como un tópico identitario que Belgrano reconoce entre sus opositores. Es necesario remarcar que el mismo Belgrano no ha descuidado este plano a la hora de promover adhesiones como tampoco ha menospreciado el papel de mediadores de los curas las comunidades locales.²⁶ En este sentido son significativas las intenciones y propósitos que Belgrano transmite al Teniente Gobernador de Corrientes cuando, en plena retirada y en una extensa comunicación le indica:

No hay que perder instante de que los paisanos se instruyan en sus derechos, y los de la Patria; exhorte V. a los curas a que les expliquen; así conseguiremos que se entusiasmen con razón y justicia, y no haya quien sea capaz de desviarlos de sus obligaciones.²⁷

²³ Manuel Belgrano a Mariano Moreno, Santa Fe, 8 de octubre de 1810. BELGRANO, M., *Epistolario*.... p. 83. Belgrano no escatima críticas para con sus oficiales, señalando como “una desgracia la clase de oficialidad que tenemos...hombres sin disposición, socaineros e inútiles, en una palabra”. Manuel Belgrano a Mariano Moreno, Bajada del Paraná, 27 de octubre de 1810. BELGRANO, M., *Epistolario*.... p. 89. Posteriormente, un mes más tarde, insiste señalando “lo que es mucho es, en verdad, la ineptitud de los oficiales”. Manuel Belgrano a Mariano Moreno, Curuzú Cuatiá, 13 de noviembre de 1810. BELGRANO, M., *Epistolario*.... p. 91.

²⁴ Belgrano le escribe al Teniente Gobernador de Corrientes sobre la necesidad de incorporar a los indígenas: “Debemos tratar de inspirar sentimientos patrióticos (...) con mucha particularidad a los Naturales del suelo Americano” Manuel Belgrano al Teniente Gobernador de Corrientes, Elías Galván, Santa Fe, el 2 de octubre de 1810. BELGRANO, M., *Epistolario*.... p. 82.

²⁵ Museo Mitre, ob. cit. 1914. 14 de Marzo de 1811, Candelaria, “Belgrano a la Junta”, T. III, p. 191.

²⁶ Más allá de las repetidas frases sacralizando la causa revolucionaria, nos parece destacable que en el Reglamento para las misiones se había dejado en claro que la función de las milicias que debían crearse era “defender la patria, la religión y sus propiedades” Museo Mitre, ob. cit., 1914. “Reglamento para el régimen político y administrativo y reforma de los 30 pueblos de misiones” 30 de diciembre de 1810, Art. 25. T. III, p. 127. Véase WILDE, Guillermo, *Religión y poder en las misiones guaraníes*, Bs. As., Ediciones SB, 2009.

²⁷ Belgrano a Elías Galván, Candelaria, 26 de marzo de 1811. BELGRANO, M., *Epistolario*.... P. 114. El papel primordial de los curas era igualmente algo que Belgrano tenía presente previamente, por ejemplo en sus gestiones en el Consulado, cuando impulsaba la difusión de prácticas agrarias señalaba: “No se crea que es ajeno del ministerio eclesiástico el instruir y el comunicar luces sobre el cultivo de las tierras, artes, comercio etc.”. Museo Mitre, ob. cit., MEMORIA QUE LEYÓ EL LICENCIADO DON MANUEL BELGRANO, ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS Y SECRETARIO POR SU MAJESTAD DEL REAL CONSULADO DE ESTA CAPITAL, EN LA SESIÓN QUE CELEBRÓ SU JUNTA DE GOBIERNO EN 15 DE JUNIO DEL PRESENTE AÑO DE 1796. T. I, pp. 68-69. Analizando los conflictos en el espacio fronterizo entre Buenos Aires y Santa Fe entre 1815 y 1820, Fradkin y Ratto

A su regreso de la expedición y luego de afrontar un tribunal que juzgó sus acciones, Belgrano se dirigió hacia el Norte para reemplazar a Juan Martín de Pueyrredón en la dirección del Ejército Auxiliar del Perú que se encontraba en retirada. Veamos ahora brevemente cómo era esa retirada.

El Ejército Auxiliar del Perú había tenido una promisoriosa incursión en el Alto Perú hasta que fue derrotado totalmente en las orillas del Río Desaguadero en junio de 1811. La retirada que siguió al traspie estuvo signada por la desarticulación y la desorganización general. La falta de recursos que se acarreaaba previamente se vio acrecentada por las pérdidas en el campo de batalla y, siguiendo a José María Paz, vemos que la desbandada de la tropa fue caótica y estuvo signada por una serie de “horrorosos combates” individuales o en grupo con las comunidades locales:

...el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habían roto el freno de la obediencia por otro; los unos, por defender sus personas y propiedades; los otros, por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables, pues no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, habían de pedir o quitar, y ya se deja entender el camino que esto abría a los abusos.²⁸

Claramente no serían pocos los problemas que enfrentaría posteriormente el ejército para ganar las adhesiones locales. Además de la exacción de recursos materiales esta primera incursión del ejército había tenido serias desavenencias con las comunidades debido a su despreocupación por la religiosidad local. El mismo Paz menciona un suceso donde un grupo de oficiales, ayudantes de Castelli, se mofan de las creencias de los chuquisaqueños y al pasar por una Iglesia y ver una cruz iluminada “alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso, para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla; así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle”.²⁹ La importancia de este suceso ilustrativo, cobra relevancia en la medida que José Manuel de Goyeneche, comandante en jefe realista, potenció el carácter religioso de su empresa inculcando en sus soldados “que los que morían eran reputados por

comentan que los curas desarrollan un lugar fundamental en la construcción de liderazgos y adhesiones políticas considerando que las relaciones sociales preexistentes fueron fundamentales para la construcción de los nuevos liderazgos. FRADKIN, R. O. y RATTO, S., “Territorios en disputa. Liderazgos locales en la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1815-1820)”, en FRADKIN R. y GELMAN J., (comps.) *Desafíos al Orden. La política y la sociedad rural durante la revolución de independencia*, Rosario, Prohistoria, 2008, pp. 55-57.

²⁸ PAZ, J. M., ob. cit. p. 27.

²⁹ Idem. p. 23.

mártires de la religión, y como tales, volaban directamente al cielo a recibir los premios eternos”.³⁰ Asimismo, cuando ingresó en Chuquisaca, luego del paso de Castelli, Goyeneche solicitó a los sacerdotes locales que el Palacio de la presidencia, donde había estado el porteño, fuese “purificado con exorcismos y otras preces de la iglesia” en una ceremonia pública.³¹ Estas circunstancias son evaluadas por el propio Paz, quien no duda en atribuir una trascendencia clave a la dimensión religiosa en la construcción de adhesiones:

Además de política, era religiosa la guerra que se nos hacía, y no es necesario mucho esfuerzo de imaginación para comprender cuánto peso añadía esta última circunstancia a los ya muy graves obstáculos que teníamos que vencer.³²

Por otra parte, a las dificultades mencionadas tenemos que sumar los inconvenientes que implicaba la escasa profesionalidad de la tropa y de la oficialidad.³³ En este sentido, es interesante mencionar que Pueyrredón se mostraba preocupado por la escasa respuesta que tenía en “la propagación del espíritu de libertad y adhesión” a la causa advirtiendo como determinante la escasez de eclesiásticos: “son infinitos los arbitrios que invento cada día para extender y fomentar estas ideas, contando apenas con uno u otro cura”.³⁴ Asimismo, ante la indicación de promover la utilización de la escarapela celeste y blanca y descartar la distintiva de color rojo, Pueyrredón se muestra escéptico señalando cierta reticencia al cambio por parte del ejército y de “unos pueblos que aún

³⁰ Idem. p. 53. Incluso narra Paz que en el fusilamiento de un desertor, que fue capturado en momentos que intentaba pasarse al enemigo, el condenado exclamó causando conmoción general “Muero contento por mi religión y por mi rey”.

³¹ Idem. p. 60. Seguidamente de estas menciones Paz emite un juicio problemático “¿Creía esto Goyeneche? No; el pueblo sí”.

³² Idem. p. 53. Igualmente hay que considerar que la práctica política de la primera expedición no fue estrictamente negativa y tal como lo ha demostrado María Luisa Soux, en el Alto Perú, durante estos tiempos “se organizaron de forma paralela grupos indígenas que, luego de la salida de los porteños se sublevaron en todo el altiplano”. SOUX, M. L., “Los caudillos insurgentes de la región de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas”, en BRAGONI, B. y MATA, S., (comps.), *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Bs. As., Prometeo, 2008, p. 141.

³³ Pueyrredón comunicaba a Belgrano que había establecido una academia de instrucción de oficiales y una escuela de enseñanza para cabos y sargentos “[c]onvencido de la imposibilidad de tener soldados sin instrucción de cabos y sargentos, y sintiendo diariamente los malos efectos de la ignorancia de éstos en sus obligaciones, y aún de muchos de los oficiales de este ejército”. Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Cuartel general de Jujuy, 17 de diciembre de 1811. T. IV, p. 36 Este problema continuaría indeterminadamente, el general Paz, analizando la caballería del ejército y su nula profesionalidad señaló “no se daba más voz que la de *avancen*, y lo hacía cada uno como se le antojaba”. PAZ, J. M., ob. cit. p. 57.

³⁴ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Cuartel general de Jujuy, 1º de enero de 1811.T. IV, p. 51.

no se hallan en estado de gustar de los síntomas de independencia y se resienten de cualquier inoportuna alteración”.³⁵

Finalmente a fines de marzo de 1812, Belgrano reemplazó a Pueyrredón en el mando efectivo del ejército pero la situación económica no pareció modificarse y las tropas en general siguieron sufriendo las penurias de una campaña casi sin recursos. El día de su asunción, Belgrano arengó a las formaciones “exhortándolas a la constancia, a la subordinación y al respeto a los pueblos”.³⁶ Estas palabras, aún cuando sean repetidas infinitamente en diarios militares, expresaban las enormes dificultades que enfrentaba la reorganización de la tropa, problemas que no eran desconocidos pero que se encontraban potenciados por el repliegue ya mencionado³⁷ y por la agudización de la escasez económica.³⁸

Una de las respuestas que producía la falta de recursos era la desertión de la tropa.³⁹ Esta problemática habitualmente ocultada era reconocida por Belgrano en comunicación al gobierno cuando afirmaba:

La desertión es escandalosa y lo peor es que no bastan los remedios para convencerla, pues ni la muerte misma la evita; esto me hace afirmar más y más en mi concepto de que no se conoce en parte alguna el interés de la causa de la patria y que sólo se ha de sostener por la fuerza interior y exteriormente.⁴⁰

Es interesante observar la vinculación entre la desertión y la falta de “interés por la patria” por un lado porque otorga una dimensión ideológica al problema y por otro porque, como veremos luego, Belgrano destinará una gran energía para lograr la fidelización de la tropa. A esta interpretación Belgrano agregaba que la oficialidad

³⁵ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Campamento General de Yatasto, 19 de marzo de 1812. T. IV, p. 93.

³⁶ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Campamento General de Yatasto, 29 de marzo de 1812. T. IV, p. 99. Belgrano tenía órdenes de realizar un repliegue emigrando hasta la ciudad de Córdoba.

³⁷ Belgrano señalaba “con la retirada todo se ha trastornado y puesto mayores dificultades para las caballadas, ganados y otros objetos de necesidad”. Museo Mitre, ob. cit., Cuartel General de Campo Santo, 17 de abril de 1812, T. IV, p. 109.

³⁸ Belgrano advertía el estado calamitoso “de éste que se llama ejército, cuando puede que con toda su fuerza, acaso no se formaría un regimiento” y señalaba la “necesidad mantenerlo, socorrerlo y pagar cuanto gasto se cause, porque de otro modo acabáremos de perder el crédito que felizmente ha tratado de recuperar el digno general Pueyrredón”. Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Campamento General de Yatasto, 29 de marzo de 1812. T. IV, p. 99.

³⁹ La desertión ha sido estudiada por Raúl Fradkin con detenimiento para otras situaciones de las guerras de la revolución señalando que “Puede haber imperado una concepción que tornaba la desertión en un derecho derivado del incumplimiento del ‘pacto’ en torno del cual debía sostenerse la obediencia”. FRADKIN, R. O., “La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816”, en BRAGONI, B. y MATA, S., (comps.), *Entre la Colonia...*, pp. 173-174. Véase también FRADKIN, R. O., “Las formas de hacer la guerra...”. pp. 192-193.

⁴⁰ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Campamento General de Yatasto, 29 de marzo de 1812. T. IV, p. 99.

potenciaba la deserción o al menos no desarrollaba sus tareas con la prestancia necesaria para detenerla.⁴¹

Por otro lado, no parece desacertado traer a cuenta otra consideración para el alejamiento del ejército, nos referimos al abandono de las fuerzas en la medida que el ejército se desplaza y aleja del escenario original de conflicto.⁴² La vinculación entre el retroceso y la deserción cobra mayor relevancia cuando contemplamos que Belgrano asevera que quienes se desvinculan del ejército encuentran cierta protección en las poblaciones locales al afirmar: “lo peor es que habiendo tantos desertores no hay juez, no hay alcalde, no hay quien los encuentre, y esto sólo puede resultar de que se les abriga”.⁴³ Asimismo, se podría sumar que los desertores se escabullen ante la mirada errática de la dirección del ejército, entre otras cosas, por el desconocimiento de la zona que atravesaban tal como también lo ha señalado Belgrano en comunicación con Rivadavia cuando en julio de 1812 le advertía:

V. sabe que no conozco el País, que no conozco a sus habitantes, ni menos sus costumbres y carácter... Crea V. que es una desgracia llegar a un País en la clase de descubridor y que se necesitan los auxilios del Omnipotente para acertar.⁴⁴

La defensa del espacio territorial reconocido era indudablemente una de las motivaciones que sumaban adeptos al ejército y, al parecer, podría ser una de las causas que inducían a los mismos a dejar el cuerpo cuando se alejaba de la zona.⁴⁵ Continuemos explorando dicha defensa del espacio territorial ya entrando en el tercer nivel de análisis propuesto, para evaluar la participación de la milicia tucumana en la batalla de septiembre de 1812.

⁴¹ Belgrano aseveraba que el ejército contenía “oficiales que no son acreedores a serlo, ya por su poca constancia, ya por el terror pánico que les asiste, y ya también por su malignidad, y una de las causas de la gran deserción que se ha experimentado”. Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Jujuy 2 de junio de 1812. T. IV, p. 142. Un mes más tarde, en una misiva personal a Rivadavia, Belgrano le comunicaba el carácter negativo de la oficialidad agregando que tenía “cinco oficiales arrestados para formarles Consejo de Guerra” y luego afirmaba: “es indecible lo que me cuesta meter a estos hombres por vereda; son contados los que medio pueden llamarse oficiales”. Manuel Belgrano a Bernardino Rivadavia, Jujuy, 4 de julio de 1812. BELGRANO, M., *Epistolario*...p. 168.

⁴² Belgrano afirma: “lo cierto es que he tenido gran deserción desde que tomé el mando y di mi orden para retroceder”. Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno. Cuartel General del Campo Santo, 4 de abril de 1812. T. IV, pp. 102-103. Previamente afirmaba “Según los informes privados que tengo por algunos oficiales de crédito parece que la tropa está muy acoquinada”.

⁴³ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno, Jujuy, 3 de junio de 1812 T. IV. p. 145. Continúa “he hecho mis bandos, he tomado todas las medidas imaginables, nada, nada he podido adelantar”.

⁴⁴ Manuel Belgrano a Bernardino Rivadavia, Jujuy, 4 de julio de 1812. BELGRANO, M., *Epistolario*... pp. 166-167.

⁴⁵ Analizando el litoral rioplatense, Raúl Fradkin ha señalado que la guerra “no dejó de adoptar la forma de una guerra de autodefensa local”. FRADKIN, R. O., “Guerra y sociedad...”. p. 19.

Continuando con la contramarcha, el ejército emprendió, en agosto de 1812, la retirada desde el campamento de Jujuy con el aditamento de obligar el repliegue de los habitantes nativos, desplegando una decidida guerra de recursos.⁴⁶ El repliegue, indicado hasta la ciudad de Córdoba finalmente se detuvo en Tucumán en circunstancias que merecen una puntual atención.

La ciudad de Tucumán se encontraba integrada con la campaña que la circundaba. Se destacaba por su lugar predilecto en la circulación de bienes entre Buenos Aires y el Alto Perú, siendo las actividades más pujantes la ganadería, cerrajería y fletería.⁴⁷ Siguiendo a Gabriela Tío Vallejo vemos que la conciencia de autonomía e identificación territorial propias de una ciudad colonial habían tenido una mayor profundización en Tucumán “como consecuencia indirecta de la expulsión de los jesuitas, y luego como respuesta, en parte a las reformas borbónicas, pero también como fruto de un proceso interno en el que la expansión demográfica, la diversificación económica de las elites y una voluntad de racionalización administrativa jugaron un importante papel”.⁴⁸

Si bien se observa en la sociedad tucumana del momento cierta facilidad para acceder a la tierra y para desplegar distintas estrategias de subsistencia no hay que dejar de considerar que se trataba asimismo de una sociedad con rasgos estamentales marcados. Las diferencias sociales eran notorias y, siguiendo a María Paula Parolo, vemos que quienes se ubicaban en la base de la pirámide social se encontraban alejados del prestigio y el poder, trabajaban frecuentemente en relación de dependencia y padecían las normativas disciplinarias. La misma autora destaca igualmente que dichos sectores no se mantuvieron pasivos sino que desarrollaron distintas formas de resistencia.⁴⁹

Cuando llegaron a Tucumán, las noticias del revés del ejército y su consiguiente retirada “produjeron un gran estupor y una espantosa confusión y aturdimiento”⁵⁰. Al poco tiempo arribó a la ciudad el teniente coronel Juan Ramón Balcarce enviado por

⁴⁶ Raúl Fradkin entiende la guerra de recursos como una opción ante el avance de fuerzas invasoras al tiempo que una expresión de una guerra de autodefensa y señala además que “la guerra de recursos era, ante todo, un modo de asegurar el aprovisionamiento inmediato de las tropas”. FRADKIN, R. O., “Las formas de hacer la guerra...” p. 204. Por otra parte, este suceso que trascendió historiográficamente como “el éxodo jujeño” despierta un singular interrogante sobre las reminiscencias religiosas que contiene (incluso el segundo libro bíblico, donde se narra la salida de Egipto de los hebreos, lleva el título “Éxodo”), sobre las que indagaremos en otra ocasión.

⁴⁷ Véase LÓPEZ de ALBORNOZ, C., “Tiempos de cambio : producción y comercio en Tucumán (1770-1820)” en *Andes Antropología e Historia*, N° 13, 2002.

⁴⁸ TÍO VALLEJO, G., *Antiguo Régimen y Liberalismo. Tucumán, 1770-1830*, Cuadernos de Humanitas, FFyL, UNT, Tucumán, 2001. p. 20.

⁴⁹ PAROLO, M. P., “Ni súplicas, ni ruegos” *La estrategia de subsistencia de los sectores populares en Tucumán en la primera mitad del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2008.

⁵⁰ DE la ROSA, M. “Tradiciones históricas de la guerra de independencia argentina” en ARÁOZ de LA MADRID, G., *Memorias del general Gregorio Aráoz de La Madrid*, Bs. As., Eudeba, 1968. p. 404.

Manuel Belgrano con la orden de recoger todas las armas que se encontraban en la jurisdicción, tanto privadas como del servicio público. Esta noticia no fue bien recibida y prontamente el Ayuntamiento decidió conformar una comisión compuesta por Bernabé Aráoz, el cura y vicario Pedro Miguel Aráoz y Rudencino Alvarado, con el objeto de interceder y proponer al ejército detenerse en Tucumán. En una carta dirigida a Bartolomé Mitre rectificando distintos sucesos de la *Historia de Belgrano*, Marcelino de la Rosa señala que ante la negativa de Belgrano a contrariar órdenes del gobierno:

...la comisión insistiendo en su propósito, redobló sus argumentos, y hasta se permitió exponerle que abandonar al pueblo, quitándole sus armas, era dejarlo maniatado a disposición del enemigo; y que dada la exaltación de los ánimos, no sería extraño que se sublevase, y lo hostilizase en su marcha.⁵¹

Ante estas “sugerencias” Belgrano aceptó detener el ejército pero solicitó “que se le facilitara veinte mil pesos plata para socorrer a la tropa, y mil quinientos hombres de caballería”⁵². En este punto resulta significativo resaltar las dificultades de las autoridades para controlar y dirigir el accionar de los sectores subalternos. Es claro que el posible hostigamiento sobre la marcha se presenta como una amenaza, pero igualmente resulta verosímil como para que el ejército detenga su rumbo.⁵³ Por otro lado la necesidad de resarcir a la tropa luego de la pecaminosa campaña resulta un componente sustancial antes de presentar batalla.

Siguiendo esta línea de análisis vemos que rápidamente se produjo el reclutamiento de la milicia y en breve se reunieron “cerca de dos mil hombres decididos; los que fueron armados inmediatamente de lanzas y aun de cuchillos”.⁵⁴ Dicha milicia fue ejercitada en maniobras de caballería y llegado el momento de la batalla tuvo una actuación particular. Todos los relatos coinciden en destacar la arrolladora carga de la milicia situada en el flanco derecho al mando del coronel Balcarce al tiempo que también destacan la persecución posterior inducida “por el cebo del saqueo de los ricos equipajes

⁵¹ Idem. p. 405.

⁵² Ibidem.

⁵³ Tal es así que el propio Tristán al ser hostigado por pequeñas partidas en su llegada a Tucumán: “No se imaginaba ni remotamente de que el general Belgrano estuviera en Tucumán, y creía que las partidas de gauchos que lo molestaban era puramente movidas por el interés de robar y saquear a todos los que se desprendiese del ejército”. Idem. p. 407.

⁵⁴ ARÁOZ de LA MADRID, G., *Memorias del general...*, pp. 16-17. La milicia se reunió con cierta velocidad porque como lo ha demostrado Tío Vallejo se trataba de una institución consolidada en el espacio tucumano. Véase TÍO VALLEJO, G., *Antiguo Régimen...*, pp. 101 y ss. Para un análisis de la participación de los sectores populares en esta milicia, con una explicación diferente a la nuestra sobre los condicionantes que llevaron a la batalla de Tucumán véase Davío, Marisa “El proceso de militarización durante la Revolución. Tucumán, 1812-1819” en López, Cristina del Carmen *Identidades, representación y poder entre el Antiguo Régimen y la Revolución: Tucumán, 1750-1850*, Prohistoria Rosario, 2009.

de los jefes y oficiales”⁵⁵. Dicha persecución en desbandada imposibilitó la reunión de la caballería miliciano para auxiliar otros flancos que se veían superados y generó un caos sideral.

De este modo, podemos pensar que las inquietudes que incitaron a los distintos partícipes de la sociedad tucumana a participar de la conflagración fueron disímiles como disímiles eran sus condiciones materiales de vida. De todas formas compartían en general la prevención y el temor de un ataque del ejército comandado por Tristán seguido de un saqueo generalizado ante el cual, igualmente, no todos tenían lo mismo que perder.⁵⁶

De todas formas el triunfante resultado final ameritó que el propio Belgrano reconociese, en el parte de la batalla, la indispensable participación de jujeños, salteños, santiagueños y especialmente de los tucumanos, afirmando que “a todos parecía que la mano de Dios los dirigía para llenar sus justos derechos”⁵⁷. Esta mención que parece trivial nos resulta igualmente relevante y la retomaremos a continuación para pensar elementos comunes que permitan esbozar una identidad superadora de las propias representaciones localistas de los partícipes de estos episodios.

Volviendo al episodio que nos concierne, parece propicio comenzar señalando las particularidades de la batalla de Tucumán. En primer lugar, es necesario destacar que la fecha puntual del 24 de septiembre no fue impulsada por ninguno de los contendientes por razones específicas, siendo simplemente el día en que la avanzada del ejército realista se topó con un inesperado frente de batalla presentado por Belgrano con el respaldo y apoyo de las milicias tucumanas. La batalla en sí misma estuvo marcada por la confusión general, sumándose a la desorganización que reinaba en los movimientos bélicos, el paso de una nube de langostas que generó, según distintos testimonios, la percepción de resultar herido ante el golpe de los insectos.⁵⁸ Los resultados fueron inciertos en primera instancia pero la retirada posterior de las tropas comandadas por

⁵⁵ DE LA ROSA, M. “Tradiciones históricas de... p. 412. Es necesario destacar que el propio Marcelino De la Rosa menciona en otro pasaje que los bagajes del ejército realista fueron asimismo saqueados y que en dicho saqueo participaron vecinos respetables que se excusa de mencionar “por no herir las susceptibilidades de las familias descendientes.” Idem. p. 414.

⁵⁶ Para las diferencias sociales y las condiciones materiales de vida véase PAROLO, M. P., “*Ni súplicas, ...*”, pp. 119 y ss.

⁵⁷ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno, Tucumán, 29 de septiembre de 1812. Idem. p. 235.

⁵⁸ Paz señala que “por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán uno de los combates más difíciles de describirse”. PAZ, J. M., ob. cit. p. 29.

Pío Tristán, terminó se sellar la suerte positiva para el Ejército Auxiliar del Perú y las milicias locales comandadas por Bernabé Aráoz.⁵⁹

Una vez finalizadas las acciones, Belgrano no escatimó en vincular el resultado positivo con la intervención divina y puntualmente de la Virgen de la Merced. En el parte inmediato informando los resultados de la batalla enviado a las autoridades ya trasluce esta intencionalidad:

La patria puede gloriarse de la completa victoria que han obtenido sus armas el día 24 del corriente, día de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuya protección nos pusimos: siete cañones, tres banderas, y un estandarte, cincuenta oficiales, cuatro capellanes, dos curas, seiscientos prisioneros, cuatrocientos muertos, las municiones de cañón y de fusil, todos los bagajes, y aún la mayor parte de sus equipajes son el resultado de ella.⁶⁰

El 13 de octubre, Belgrano dispuso cómo debería ser la ceremonia de agradecimiento a la Virgen de la Merced estableciendo tres días de iluminación “y regocijo público en demostraciones de gratitud”. Se fijaba además el cierre de las tiendas y pulperías y se indicaba “deberá asistir todo el pueblo”; los objetivos eran agradecer a la Virgen por el auxilio dado el 24 pero también comprometerla a que “continúe sus auxilios, para que la Patria logre libertarse y constituya de un modo digno de sus trabajos y esfuerzos”.⁶¹

Llegado el día de la ceremonia, 27 de octubre de 1812, se produjo la función habitual en la iglesia con la prédica del clérigo Agustín Molina⁶². Por la tarde se realizó la procesión con la asistencia de la oficialidad y la tropa. Por orden de Belgrano se sumó a la columna la división de vanguardia que, al mando de Eustaquio Díaz Vélez, retornaba luego de perseguir a la retaguardia realista “llenos de sudor y polvo”.⁶³ Cuando la procesión arribó al campo de las carreras, donde se había desarrollado la batalla, fue entonces que Belgrano entregó el bastón de mando a la imagen de la Virgen tal como detalla José María Paz en el relato que abre este trabajo. Era la primera vez que sucedía

⁵⁹ En la descripción general de los sucesos sigue siendo oportuno recurrir a la clásica obra de Bartolomé Mitre, con las necesarias precauciones que amerita. MITRE, B., *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Bs. As., Anaconda, 1950. pp. 245 y ss.

⁶⁰ Museo Mitre, ob. cit. Comunicación al Gobierno, Tucumán, 26 de septiembre de 1812 T. IV. p. 230.

⁶¹ BELGRANO, M., *Documentos para la historia del general don Manuel Belgrano*, Inst. Nac. Belgraniano, Secretaría de Cultura, Bs. As., 2003. T. V. pp. 184-185.

⁶² Dada la falta de espacio simplemente mencionamos que un conflicto adicional del momento se desataba con el apoyo al ejército rival por el obispo de Salta, Nicolás de Vedia. Agustín Molina sería la figura que Belgrano decide impulsar en su lugar. Véase CARETTA de GAUFFIN, Gabriela, “Con el poder de las palabras y los hechos. El clero colonial de Salta entre 1770 y 1820.” en UNR, Prohistoria, 1999. GUERRA OROZCO, María Cecilia y NANNI, Facundo, “La participación de los sacerdotes tucumanos en las primeras décadas independentistas. El caso de José Agustín Molina”, ponencia presentada en 3º Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA. Jujuy, 16, 17 y 18 de Septiembre de 2010.

⁶³ PAZ, J. M., ob. cit. p. 61.

un nombramiento semejante en las guerras de revolución⁶⁴. Además de los efectos puntuales que significó este acto solemne, las monjas de Buenos Aires, enteradas de la ofrenda, enviaron posteriormente “cuatro mil pares de escapularios de la Merced” que fueron distribuidos entre todo el ejército y utilizados en la posterior batalla de Salta de manera tal que “los escapularios vinieron a ser una divisa de guerra”.⁶⁵

Asimismo, la trascendencia del nombramiento como Generala de la Virgen de la Merced cobra encarnadura cuando vemos como repercutió en distintas determinaciones posteriores e incluso en la lógica de los conflictos que siguieron. En este sentido, nos parece interesante destacar que en la batalla siguiente, el 20 de febrero de 1813 en la ciudad de Salta, las tropas de Belgrano ingresaron a la ciudad y antes de ocupar la plaza tomaron el convento de la Merced donde izan el poncho del Comandante del batallón de Castas, José Superí, a modo de bandera indicando el ingreso en la ciudad.⁶⁶

Para finalizar este trabajo y a modo de reflexión final nos parece sugerente pensar la apelación a la dimensión religiosa como una manera de generar cierta uniformidad entre una comunidad local y un ejército que desarrollaban prácticas identitarias disímiles al tiempo que participaban en la guerra revolucionaria con intereses diferentes sino contrapuestos. La pertenencia a una comunidad de fieles no estaba en duda y quizás se trataba de la única expresión simbólica que compartían los sectores que analizamos en un espacio donde las referencias a la monarquía ya no podían ser la primera mención de unidad.

⁶⁴ Era recurrente encomendar la protección de una figura celestial en momentos críticos. De este modo encontramos la presencia de Nuestra Señora del Rosario en las Invasiones Inglesas, más adelante la proclamación de la Virgen del Carmen como patrona y generala del Ejército de los Andes que realizaría San Martín en una función solemne el 5 de enero de 1817. Sin duda sería más destacable el nombramiento de la Virgen del Carmen como Generala del Ejército por el general Pezuela a fines de 1813 luego de vencer a Belgrano y con los fines de emular el simbolismo de la Virgen de la Merced. En un espacio más amplio, encontramos que, el 31 de octubre de 1810, el Virrey de Nueva España, Francisco Xavier Venegas ofrendó su bastón de mando a los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Remedios aunque no llegase a ser oficialmente reconocida como generala del ejército (recordemos que en dicho conflicto Hidalgo vinculó su gesta a la imagen de la Virgen de Guadalupe). Véase BRUNO, C., *La Virgen Generala*, ob. cit., DI STEFANO, R. “La invasión hereje” en G. García Romero (Coord. Gral.), *200 años. Las invasiones inglesas*, Bs. As. Taeda, 2006, TAYLOR, W. B., “La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política en el periodo de la Independencia” en MAYER, Alicia, *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del bicentenario de la Independencia y del centenario de la Revolución Mexicana. Retos y perspectivas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, Volumen 2, p. 233 y agradezco a Pablo Ortemberg su atención y descripción sobre el nombramiento de Pezuela.

⁶⁵ PAZ, J. M., ob. cit., p. 63.

⁶⁶ Idem. pp. 71-72. Es aventurado vincular a priori la llegada del Batallón de Castas al Convento de la Merced con el acrecentamiento de la devoción mercedaria entre los sectores más bajos del ejército, pero igualmente este detalle merece una exploración posterior.